

Donde te quieren por ser quien eres

Jaime Nubiola

Para los españoles la familia es siempre lo primero por delante de todo lo demás. Esto resulta tan normal que nadie se para de ordinario a pensar en por qué es así. Muchos dicen —y casi todos lo hemos comprobado— que cuando las cosas profesionales van mal o cuando los amigos desaparecen, lo que queda es la familia. El hogar es siempre el lugar a donde se vuelve. La familia es el espacio de acogida cordial en el que las agresiones de fuera quedan neutralizadas y las heridas del alma se restañan con el bálsamo del cariño.

Están bien todas estas afirmaciones, pero me parece mucho más profunda y certera la consideración que hacía Juan Pablo II el 2 de noviembre de 1982 en la plaza de Lima de Madrid, en la misa que celebró para las familias: "La familia es la única comunidad en la que todo ser humano es «amado por sí mismo», por lo que es, y no por lo que tiene". Esta afirmación —me escribía un viejo profesor de mi infancia— destaca una cualidad esencial de la familia, que puede parecer obvia y que encierra una gran verdad. Puede uno ser inteligente o deficiente mental, sano o enfermo, adinerado o pobre de solemnidad, voluntarioso o abúlico, célebre o desconocido, simpático o antipático: en su familia siempre será querido «por sí mismo», por lo que es —padre, madre, hermano, hija, abuelo o lo que sea— y no por lo que haga ni mucho menos por lo que tenga. Aunque quizá resulte marginado en la sociedad por unos determinados defectos, precisamente en el ámbito familiar esos defectos no cuentan o, en todo caso, cuentan muy poco. Por eso suele decirse que es un amor incondicional.

Puede ser ilustrativo traer a colación nuestra peculiar relación con las mascotas, que llegan incluso, en cierto sentido, a formar parte de la familia. Sin embargo, al perro —o a la mascota que sea— no se le quiere por sí mismo; si se muere o se pierde, muchas veces se compra otro. En radical contraste con esto, los padres no se cambian por otros, ni los hijos, los abuelos o los hermanos; ni tampoco se les valora por la compañía que hagan o la distracción que puedan proporcionar.

Más aún, tanto en la infancia como en la ancianidad los miembros de una familia requieren que casi todo se lo hagan los demás. No se trata simplemente de una cadena de solidaridad, esto es, de que los padres cuiden de sus hijos para que estos a su vez cuiden de ellos en su vejez: esta es una visión economicista totalmente falsa. Los padres cuidan de sus hijos porque sí, sin pedir nada a cambio, y los hijos —afortunadamente en la mayor parte de los casos— cuidan de sus padres ancianos también porque sí, porque les quieren. Los seres humanos somos animales racionales y dependientes de los demás, esto último sobre todo al comienzo y al final de la vida.

La familia es —¡ha de serlo siempre!— la comunidad en la que cada uno es y se siente querido por sí mismo, por ser quien es. La manera de corresponder a ese amor es poniendo cada uno al servicio de la comunidad familiar aquello que le es más propio y personal. De esta manera cada uno aporta lo suyo a lo común y así todos se enriquecen. Pero además, si queremos hacer un mundo más humano, hemos de aprender a mirar a todos y a cada uno —sean o no de la propia familia— como alguien que vale por sí mismo. De esta manera el cariño familiar se ensanchará hasta hacerse verdaderamente global.

Las familias numerosas son muy importantes para hacer un mundo más familiar y las asociaciones de familias numerosas son una pieza clave. A quienes pertenecemos a una familia numerosa nos gusta pensar que, aunque estas familias tengan, por supuesto, más problemas que las pequeñas, cuentan también con más soluciones, porque en ellas se quiere más, porque en ellas hay más capacidad de querer, porque tienen más personas queridas por sí mismas.

**Jaime Nubiola es profesor de filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es)*